

NO HAY IMPERIO GENTIL

Y así se filtró hasta nosotros aquella imagen de los europeos jubilados de oficios guerreros y menesteres imperiales. El tiempo se encargó de secar y desleír la sangre allí derramada hasta la Segunda Guerra Mundial.

La aventura de Stuez habría sido sólo un exabrupto. Terminada la guerra de Argelia y replegadas con elegancia Inglaterra, Holanda y Bélgica de sus "territorios de ultramar", Europa estrenó en los años 60 una impecable cirugía plástica.

La izquierda no dejó de advertir la competencia interimperalista y la mayor agresividad de alemanes y japoneses. Pero como los submarinos ingleses que hoy se desizan sigilosos por las profundidades del Atlántico Sur, sin que ningún ruido delate el acercarse de sus motores nucleares, el imperialismo europeo se camuflaba de manera mucho más sabia y en parte lograba compensar su naturaleza con muy amplias libertades democráticas internas.

Pero la crisis económica comenzó a resquebrajar las buenas maneras, sobre todo en Inglaterra. Y hoy Margaret Thatcher se ha encargado de demostrarnos —con la Comunidad Europea— haciéndole coro— que no hay imperio gentil.

No es esa la única lección de esta insospechada guerra, que nos muestra, por un lado, lo poco que ha cambiado el mundo, devastado por el imperialismo y con el nacionalismo siempre en un ambiguo primer plano. Pero, por otro lado, revela, al menos para los latinoamericanos, cómo un conjunto de viejas verdades no eran sino cáscaras vacías o más bien costras que impedían afrontar una realidad que se gesta bulleante desde hace varias décadas.

TODO SE DERRUMBO

Con la complicidad activa de la burguesía latinoamericana, los EE.UU. inventaron el interamericanismo como velo ideológico que ocultara su injusto dominio sobre el resto de América.

Bajo ese manto fue posible el bloqueo de Cuba y la invasión a Santo Domingo. Así se desarrollaba también el actual cerco contra América Central.

Hoy, caída la hoja de parra, han quedado al desnudo los reales intereses norteamericanos y el lugar que ocupamos en su lista de prioridades: primeros, si se trata de ponernos el pie sobre el cuello; entre el montón de semicolonias y neocolonias, si de alianzas entre iguales o de solidaridad se trata.

Con el interamericanismo se vino abajo también la teoría de las "frentes ideológicos" entre el Occidente cristiano y el comunismo ateo. Paradójicamente, la ha hecho añicos, sin querer, uno de sus más fervientes y sanguentos aplicadores: el gobierno militar argentino, ayer

LAS MALVINAS, BELAUNDE Y EL IMPERIO

Carlos Iván Degregori

En las postrimerías del Perú oligárquico, antes de PPK y la música-disco, existía una cierta tendencia a considerar a los EE.UU. como el país del chicle globo y la ingenua torpeza provinciana, reflejada en los turistas yanquis recorriendo el mundo con sus floreados trajes típicos. Un país sin densidad histórica, prácticamente sin pasado frente a una Europa —con la cual nuestras clases dominantes se entroncaban míticamente— que cuidaba historia por todos los poros: plágada de museos, castillos-museos y ciudades-museos, sin mayor responsabilidad por los crímenes de ese hijo engraido allende el Atlántico.

entusiasta partidario de la intervención en Centroamérica, hoy atacado por Occidente, mientras la URSS y el Tercer Mundo le muestran diversos grados de simpatía. Como dijera el articulista anónimo de *Moros y Monedas*: "Reagan sacrificó el peón para conservar la reina".

La guerra de las Malvinas se convierte así en un capítulo más, que puede resultar decisivo, en el resquebrajamiento de ese mundo que trató de ser congelado como en una fotografía por los acuerdos de Yalta, y que comenzó a difuminarse durante los años 50 y 60 con las luchas de liberación en Asia y África, que anunciaban la irrupción en la escena mundial de un tercer protagonista.

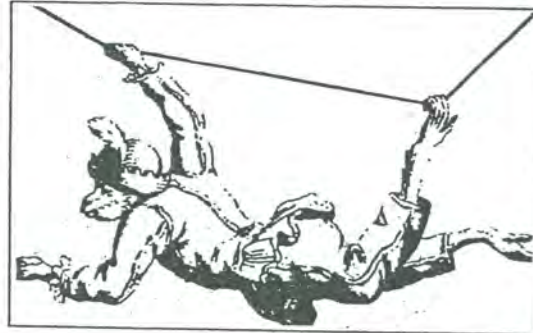
Pero hasta el momento, todo parecía lejano para América Latina. Especialmente para América del Sur, que no sufría un ataque imperial directo desde, precisamente, el 2 de mayo de 1866. Y más especialmente todavía para Argentina, hasta ayer no más el bastión más austral de Occidente, orgullosa de su estirpe europea y de su capital cosmopolita, reacia a considerarse parte de ese moroso conglomerado de naciones tercermundistas.

EE.UU.: FUERA DE LA OEA

Si la invasión anglofrancesa a Egipto en 1956 fue uno de los catalizadores para el nacimiento del movimiento no-aliados, la agresión anglo-norteamericana a la Argentina, puede y debe servir para el surgimiento de una nueva conciencia latinoamericana y tercermundista.

Es hora de plantearse una entidad que excluya al gato despenso que habita al norte del Río Grande. No proponemos la creación de un nuevo organismo sino, recogiendo la propuesta lanzada en *El Diario* por Leoncio Bueno, la expulsión de los EE.UU. de la OEA.

La argumentación es transparente: en cualquier institución, el que viola los estatutos se hace acreedor a una sanción. En este caso, la traición ha sido de tal calibre, que EE.UU. tendría muy merecida su expulsión. Ha-



ce dos décadas, con arimañas, Norteamérica logró la expulsión de Cuba de la OEA. Hoy, con hechos concretos y confesión pública de parte, es totalmente legítimo separar a los EE.UU. de dicho organismo.

Pero, ¿quién le pone el cascabel al gato? Los lazos que unen a las burguesías del continente con el imperialismo, son muy fuertes. En el caso peruano, esto se ha comprobado en la presente crisis.

LA MALAGUA DE LA PAZ

Sinesio López acuñó el término "malagoso" para referirse al actual régimen. Y malagosa fue la respuesta de paz que el presidente lanzara el domingo pasado. Diplomática, la llamarían algunos. Ambigua, la definirían los ingleses, y, por tanto, aceptable para ellos, agresores. Invertebrada, diríamos más bien, como ese país que fustigara Mariátegui al afirmar que: "en el Perú... todo aparece siempre un poco borroso, un poco confuso... hasta en los hombres rara vez se observa un contorno neto, un perfil categórico".

Porque la ambigüedad diplomática tiene un límite y se convierte en maniobra cuando se trasgreden principios básicos. Y la "realpolitik" de los grandes, puede devenir en medrar timorato en los pequeños. Ese domingo, con los EE.UU. definitivamente del lado británico, era inconcebible coordinar, nada menos que con Haig, una propuesta de paz.

El hundimiento pocas horas después

del destructor Belgrano, con ayuda de los satélites espías norteamericanos, confirmó el desatinado de la iniciativa presidencial.

¿Fue un exabrupto personal de FBT, un arrebatado de gallardía o caballeridad extemporánea?, lo es que en la propuesta tuvo que ver la desastrosa situación de nuestra economía, cuyos conductores, incapaces de cumplir los acuerdos con el FMI, habrían buscado a través de este gesto un aval más directo del tesoro norteamericano?

Difícilmente se sabrán más detalles. Pero es un hecho que la propuesta peruana significa un paso más en el viraje de nuestra política exterior hacia el "mundo occidental y cristiano". Viraje que no culmina por el mismo contexto internacional que dificulta una entrega total a los EE.UU., y por la pugna de un sector significativo del cuerpo diplomático, que baloteado y maltratado, persiste en reivindicar una línea más independiente. Que la propuesta de paz no fue un hecho aislado lo probaría también la posterior comunicación de la cancillería al gobierno norteamericano, que dice textualmente: "Preocupa seriamente al gobierno del Perú la posición asumida por el gobierno de los EE.UU. de América, cuya perseverancia repercutiría de manera adversa sobre el marco político y jurídico regional en que se desenvuelven las relaciones entre América Latina y los EE.UU.".

Como si no se hubieran producido ya, desde el momento

mismo del alineamiento norteamericano con Inglaterra, repercusiones adversas en la región. Dada la gravedad del momento, tales medidas fijas revelan nuestra profunda dependencia y lo frágil de la solidaridad latinoamericana, más allá de las declaraciones verbales.

Es posible que el desarrollo de los acontecimientos obligue al gobierno a una acción solidaria más efectiva y a un destino más neto con los EE.UU. Ojalá que así sea. Pero los lazos de las burguesías latinoamericanas con el imperialismo son indudablemente muy fuertes. Pasará el conflicto y la mayoría de orejas volverá al redil, encapando incluso sus tímidos protestas.

Pero para los pueblos del continente, la actual experiencia histórica resulta invalorable, pues serán estos los que lleven adelante de manera consecuente la lucha antimperialista. Porque abrir las compuertas del antimperialismo y el nacionalismo, puede resultar un juego mortal para los actuales gobiernos. Ya la experimenta Galtieri, montado hoy sobre una cla nacionalista que puede acabar por volcarse y enterrado definitivamente.

NACION Y DEMOCRACIA

Pero lo que más peligroso les resulta es la identificación entre nación y democracia. Eso explica el reciente ataque histórico de *Expresso*.

Hace muchos años, alguien llamó a *Ultima Hora* "la cloaca de la Prensa". Hoy, *Expresso* es la cloaca del gobierno y, como en *El otro yo del Dr. Merengue*, en ciertos momentos claves deja entrever la potencialidad coprolítica del régimen.

En vitriólico editorial, *Expresso* proclamó el miércoles a la derecha como la única depositaria de la "dignidad y soberanía nacional" mientras clamaba contra la izquierda que se atreva a reivindicar esas banderas; esa izquierda "que no está en la cárcel por inexplicable blandura del régimen...".

Pero salvo que se quiera repetir una versión veneciana del nazifascismo, o alimentar el chauvinismo más chato, hay que advertir a *Expresso* que la soberanía nacional es lo más opuesto a la orgía represiva que reclama. Porque la soberanía nacional sólo es real si se basa en la soberanía popular, que implica, justamente, la más amplia democracia para el pueblo.

La burguesía resulta, así, impedida de encabezar la defensa de la soberanía nacional, no sólo por los lazos venales y ventrales que la amarran por el bolsillo al imperialismo, sino por el terror que le tiene a la democracia, indigestible de esa soberanía.

Toca, pues, a los pueblos, depositarios centrales de la soberanía, dar la noble batalla por soberanía nacional y democracia. Algo de eso comienza a suceder en Argentina. Ni Thatcher ni Galtieri tienen de qué regocijarse.